



Arturo Reyes

El padre del «borricote»

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Arturo Reyes

El padre del «borricote»

- I -

Acababa Rosarito -cuando la sacamos a relucir- de cumplir los diecisiete años y de recatar del todo, a la vista de los muchos golosos y mirones del barrio, la torneada pantorrilla, gracias a Antoñico el Borricote, que no había dejado de martillar un solo día cerca de su futura madre política, diciéndole con abrumadora insistencia:

-¡Eso no puée ser, señá Frasca! ¿No comprende ustedé, señora, que son ya muchas pantorrillas las de mi morena pa que las que me el relente?

Y tanto hubo de martillar el Borricote, que al fin decidióse aquélla a darle gusto, y todavía no había acabado Antoñuelo de ver a Rosarito vestida de largo, cuando sintiendo más hondo que ningún día el espolazo del deseo, fuese a su casa y penetró en la carnicería, donde su ilustre progenitor, repatingado en su gran sillón de aneas, desabrochado el pantalón, del que pugnaba por salirse el crecidísimo abdomen; desabrochado el cuello de la camisa, que dejaba ver la garganta corta y apoplética, y oseandose a manotadas las moscas que interrumpían su sueño al posarse en su cabeza monda y lironda, vengábase del madrugón de todos los días dormitando en el a la sazón solitario establecimiento.

-Güenas tardes, señor Hermenegildo -exclamó el Borricote, cogiendo una silla y sentándose frente al autor de sus días.

Este desentornó los párpados, miró con expresión soñolienta a su unigénito, y...

-¿Qué es eso, tú por aquí? -preguntóle, volviendo a entornar los ojos antes de oír la respuesta del muchacho.

Este no se desconcertó, y...

-Es que como nunca pillo ocasión de platicar con ustedé a solas en la casa, pos velay ustedé, y como de lo que le tengo que platicar es mu serio, pos velay ustedé.

El señor Hermenegildo puso cara de pocos amigos, se incorporó trabajosamente, quedóse mirando de modo huraño al Borricote, y...

-¡Como si lo viera! Hoy te píe a ti er cuerpo darme un tostón platicando de tu permacito de durce.

-Pos sí, señó, de mi permacito de dulce le voy a platicar a usted, si es que usted me da su permiso.

-Con tal que no me platiques de casorio, toíto te lo consiento.

-Pos mismamente de eso le diba a platicar a usted, y créalo usted que no es por mí, que me maten si es por mí por lo que me meto yo en estas jonduras.

-¿Pus entonces por quién es, hijo mío, que yo me entere?

-Pos por quién ha de ser sino por usted y por mi mare; es decir, por las dos alitas de mi corazón.

-¿Por mí y por tu mare?

Y dicho esto el señor Hermenegildo, quedóse mirando boquiabierto al Borricote, que le respondió:

-Usted lo ha dicho, y si no, fíjese usted: si yo no me caso con Rosarito de aquí a un rato, como quien dice, a mí me da er tifus u me pongo ético, ¡palmo!, y si yo palmo, se me muere mi mare de la pena, y usted se me muere de la pena, y...

-¡Ca, hombre, ca! Ni a ti te da er tifus, ni te pones ético ni te pasa na.

-Sí que me pasa -exclamó, poniéndose grave el Borricote-, y tan me pasa que si yo no me caso pronto con esa gachí, er día menos pensao cojo un vapor y...

-Lo que yo hago es cogerte a ti y lisiarte manque tenga que ponerte patas e palo. ¡Un vapor! ¡Un vapor! Si te crearás tú que no hay más que coger un vapor... ¿Y aluego to esto por mo de quién? Por mo de una lagartija, y si altiego esa lagartija y los lagartones de sus padres te quisieran por ti, pero si yo me sé de clavo pasao, que sí te reciben con palmas y juncias es porque saben que cuatro ochavos que tengo yo son pa ti y na más que pa ti, y siendo pa ti...

-No, padre, eso no -exclamó interrumpiéndolo bruscamente Antoñico-. Mi Rosario no es capaz de eso, pa mi Rosario son serrín de corcho los parneses.

-Yo no digo que ella sea capaz, naturalmente que no; si ella es una criatura con el aceite de almendras durces entoavía en la boca; ella no, pero su bato sí. Su bato es un vivo con unas boqueras que le llegan al contrafuerte.

-Güeno, lo que yo sé es que mi Rosario es güena, y que me quiere con delirio, y que o me caso con ella o me voy a la Argentina. Yo le juro a usted que me voy a la Argentina.

El carnicero vaciló ante la repetida amenaza; conocía lo testarudo que era su Antoñico, sabía que aquella amenaza podía llegar a ser una realidad, y repússole, encogiéndose de hombros, con aire resignado:

-Güeno, hombre, no tomes las cosas con tanto calor. Te casarás, hombre, te casarás si Dios lo quiere y su Santísima Madre.

-Es que yo me quiero casar mu pronto, pero que mu pronto...

-Hombre, pos ni que tuvieras que coger el correo, ¡Vaya un Dios! Ya te casarás, hombre, ya te casarás, y se te pasará la calentura, y er día que te arrepientas te cojo y te hago chicharrones, ¿tú te enteras?, pero que chicharrones.

Y el respetable expendedor de carne dio media vuelta y se metió en la trastienda murmurando:

-Vaya una siestecita la de hoy..., y ese borricote es mu capaz de tomar el vapor, si no consiento, y de dirse a Chile u a el Perú u al Congo o a la puñalá que me peguen.

- II -

Seis meses eran transcurridos desde el día en que el señor Hermenegildo, accediendo a los deseos de Antonio, hubo de ir en busca del señor Paco a solicitar de éste la mano de Rosarito para aquél.

Ahí está el señor Paco -exclamó alegremente la muchacha, penetrando en la sala en que sus padres departían de modo que parecía anunciar una próxima borrasca.

El matrimonio, que no gustaba echar la ropa sucia a la calle, serenóse de pronto como al conjuro de una varita de virtud, y penetrado que hubo en la sala el futuro pariente, díjole éste al señor Paco, después de los saludos de rúbrica aun en las clases más refractarias a los formulismos sociales.

-Pos si se puée usté venir conmigo, se lo agradeceré, porque a mí no me gusta platicar de cosas serias elante de las mujeres.

-Pus por eso no hay que dirse a la calle, poique lo que es ésta es tan macho como usté y tan macho como yo y tan macho como el apóstol Santiago.

-Oye tú, que siempre has de estar de chirigotas -repúsole, sonriendo con las de Caín, la señá Frasquita.

El señor Paco se colocó el amplio paverio, y...

-Vámonos -exclamó dirigiéndose a la puerta de la sala, hurtando hábilmente el cuerpo de las manos de su consorte, que habíase dirigido hacia él al objeto de que saliera, sin duda, si encontraba ocasión, con algún cardenal en alguna parte de su persona.

La entrevista del carnicero y del señor Paco dejó a éste tan mal humorado y sombrío que al penetrar de nuevo en su casa ya no se acordaba de la venganza que su mujer querría tomar, sin duda, de lo dicho por él a su futuro consuegro, y penetrado que hubo en la sala seguido de su hija, tiró violentamente el sombrero sobre una silla y sentóse en otra resoplando como un cetáceo.

-¿Pa qué te quería el padre de Antonio? -preguntóle Rosarito, impaciente por conocer el objeto de la entrevista.

-Pa jugar al «zorro que te vi». Anda, dile a tu madre que venga a escape.

Rosario no se hizo repetir la orden; habíale dado olor a bronca la voz y la actitud paterna, y momentos después preguntábale con voz agria la señá Frasquita a su marido:

-¿Qué güeso es er que se te ha roto pa que me jagas venir tan depriosa y tan corriendo?

-Calla, mujer, que tú no sabes lo que pasa, que es más grande que er día der Corpus. Pero ¡por vía e Dios! ¡Por vía e la Virgen! ¡Y por vía e la santa Malena! Y por vía de... ¡Quién diba a pensar! ¡Si es que en este mundo le tiran er pego a San Juan Evangelista!

-Pero ¿quieres acabar de reventar de una vez y que yo sepa qué es lo que pasa?

-Pus lo que pasa es... Espérate.

Y el señor Paco se levantó de pronto y avanzó rápido hacia la puerta, llegando a tiempo de sentir el rumor de los jarapos de Rosarito, que, sorprendida, huía como un corzo por los estrechos corredores.

Ya persuadido de que no era escuchado, díjole el señor Paco a la señá Frasquita con acento misterioso:

-¿Tú quiées saber pa qué me ha llamao a la calle er señó Hermenegildo? Pos me ha llamao pa decirme: «Oiga usté, señó Paco, ha de saber usté que vengo en busca suya pa peirle un favor mu grande». «¿Cómo de grande?», le pregunté yo, creyendo que lo que me diba a peir era, cuando más, que me pusiera en cuclillas, y el hombre se me queó mirando como si tuviera mieo de decir lo que me diba a decir, y na, que me pidió emprestao dos mil riales en chuscos u en billetes de los de circulación forzosa.

Ni que le hubiere nacido de pronto el pelo se queda más asombrada de lo que se quedó la señá Frasquita al oír el notición, y...

-Eso no puée ser más que quea -exclamó tras algunos instantes de atonía.

-¡Vaya si puée ser! Como que el hombre se explayó conmigo, y resulta que er gachó debe jasta er jarabe que toma pa la tos, y que si no se le sueltan los parneses, dentro de na no le quea de la carnicería ni el rótulo.

La señá Frasquita inclinó la cabeza sobre el pecho con aire meditabundo, y, tras algunos instantes de reflexión, díjole a su marido con voz imperativa:

-Pos hay que darle esos parneses ar señó Hermenegildo, manque tengamos que empeñar jasta el mote; hay que buscar esos parneses manque sea der centro de la tierra pa sacar a ese hombre de su atollaero.

-¡Enseguíta me empeño yo pa eso! ¡Enseguíta! Antes me paso ar moro y reniego de mi ley.

-Ahora mismito pules er jaco, y yo pulo mis arracás y mi mantón e Manila y las entrañas, ¿tú te enteras?, y las entrañas.

Quedóse el señor Paco mirando de hito en hito todo turulato y boquiabierto a su consorte, rascóse con terrible ensañamiento el cogote, y...

-Vamos, mujer, tú estás malita, pero que mu malita. ¿Vender er jaco?... ¿Vender tus arracás de diamantes? ¿Vender tu mantón e Manila?

-Y jasta er velo der paladá... ¿Tú qué sabes?... Tú eres mu bruto, y yo chanelo muchísimo más que tú, y sobre to que si no lo haces cojo mis trapos y me voy de tu vera y que venga otra a dartelas unciones cuando te duela la barriga.

Esta última fue, sin duda, razón irrefutable y abrumadora para el señor Paco, que hizo un gesto de resignación, incorporóse lentamente y se dirigió hacia la puerta diciendo:

-Güeno, pus se pulirá toíto. Encárgate tú de las arracás y der mantón, que yo me encargaré der jaco.

- III -

-Güeno, ya están reuníos los parneses. ¡Camará, y qué pena tener que soltarlos! ¡Pos no jace mucho tiempo que yo no veía reunío tantos ineros, y pensar que no lo volveremos a ver!

-¡Ca, hombre, ca, si esos parneses no van a salir de la palma de tu mano! -exclamó la señá Frasquita, sonriendo de modo malicioso.

-¿Que no? Deja tú que los trinque el señor Hermenegildo, y ya verás tú como entonces no los suelta, manque lo jagan paper de Armenia.

Y no pudo responder la señá Frasquita, porque en aquel momento resonaron dos suaves golpes en la puerta, y tras ésta la voz del señor Hermenegildo, que preguntaba:

-¿Dan ustés su premiso pa que pase un carnicero?

-Adelante -gruñó el señor Paco guardándose los billetes en el bolsillo de la americana.

-Güenas tardes -exclamó alegremente el señor Hermenegildo, penetrando en la habitación con gallarda desenvoltura.

-Mu güenas -repúsole la señá Frasquita, sonriéndole dulcemente.

-Qué, ¿se ha poío arreglar eso, pa jacerme el favor que les he pedío? -preguntó al matrimonio el carnicero, al par que se sentaba en una silla que crujió lastimosamente bajo su imponente balumbre.

-Pos de juro que sí -exclamó la señá Frasquita-, manque hubiéramos tenío que perder las pestañas. Tú, Paco, anda ya y dale eso al señó Hermenegildo.

El señor Paco se puso pálido, y pálido y tembloroso echó mano al bolsillo, acarició dentro de éste con sus dedos crispados los billetes y haciendo un esfuerzo supremo se los alargó al carnicero sin pronunciar una palabra.

El señor Hermenegildo no llegó a tocarlos siquiera; quedóse mirando con expresión conmovida al señor Paco, y...

-Asín me gustan a mí los hombres; me han embragao ustés er corazón. Guarde usted esos ochavos, que se los regalo yo para er primer jatillo a mi nuera, y dentro de un rato les traerán a ustés er mantón y las arracás y jasta er penco, que to eso he sio yo quien lo he mercao; que to eso no ha sío más que una probaúra que he jecho yo con ustés y que me ha salío que ni bordá, pero que ni bordá, caballero.

El señor Paco quedósele mirando como atontado, mientras la señá Frasquita decíale a su marido con sus maliciosas miradas:

«Ves tú, hombre, ves tú, como tengo yo muchísimas más cosas que tú metías en la mollera».

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

